



Chapucensis

Associació de Modelistes Navals i
Estudis Maritims de Barcelona

SEMANA SANTA A BORDO: AYUNO, CAMELLOS Y CABRAS.

Mi “Vivencia” - Escrito por Joaquín M^a Rovira Guardia

Ha llegado el momento de dejar el paraíso y volver a la guerra. Después de un mes de espera en el cuartel de transeúntes de Las Palmas de Gran Canaria, recibimos la orden de embarcar hacia Sidi Ifni, y cien pesetas para comprar comida para el viaje. En el barrio del puerto, de prisa y corriendo encontramos pan, queso y embutidos de baja calidad.

Nos apresuramos al muelle impacientes por subir a bordo. Son las diez de la mañana del lunes de Semana Santa. En el pequeño barco ya conocido se están cargando provisiones, por lo que debemos esperar. Los marineros están colocando las mercancías, sobrepasando la borda de las amuradas, con la precisión de un rompecabezas. Luego lo atan con cabos gruesos para dejarlo asegurado.

Ahora nos toca a nosotros, pienso. Somos ciento veinte soldados de diversas unidades esperando para embarcar. Pero el tiempo transcurre sin nada de nuevo. Al cabo de una hora aparece por el extremo del muelle un rebaño de cabras, yo cuento doscientas, que al embarcar las colocan en el único espacio libre en cubierta, la toldilla de popa. Por suerte el viaje sólo dura unas treinta y seis horas.

Al cabo de otra hora embarcan cuatro camellos que se acomodan con dificultad junto a las cabras.

I, para terminar el embarque, a las doce del día nosotros, sin otra posibilidad, nos situamos por encima de la carga que sobrepasa la borda.

Por fin, soltamos amarras y nos deslizamos hacia mar abierto.

Pasan las horas y el pequeño bajel cada vez se mueve más. La frescura de la noche y el movimiento nos acucia a buscar protección debajo las lonas que cubren la carga. De repente el movimiento amaina y quedamos al paio. Se aproxima el día, salimos de debajo las lonas y vemos frente a nosotros, a la luz débil del amanecer, un pequeño puerto vacío, junto a una playa con palmeras, encajado entre laderas áridas, con un pequeño pueblo retrepado encima del puerto. Estamos en la bahía del Gran Tarajal protegidos del temporal de primavera que dificulta la navegación.

Entre los soldados embarcados hay unos cuantos convalecientes del hospital militar de Canarias. A uno de ellos la herida se ha abierto. Un cabo y tres soldados lo llevan en barca a remo hasta el pueblo. Allí una ambulancia lo recogerá para trasladarlo al hospital de la isla.

En el tiempo que se aprestan al traslado una pequeña multitud se ha agolpado en el rompeolas. El pueblo está formado por una treintena de casas de tapia, sin blanquear. Desde la distancia que nos separa no distinguimos ni las facciones ni otros detalles de la gente que nos observa, pero llega el rumor de las voces y se percibe la agitación.

Pasan las horas cargadas de tedio. Hacia las dos de la tarde comemos sin apetito; pan con mortadela y una naranja. A las tres comentamos con pesadumbre que las nubes han obscurecido el cielo repentinamente. A las cuatro nos preguntamos qué deben estar haciendo nuestros compañeros en tierra. A las cinco no comprendemos por qué todavía no ha llegado la ambulancia, aunque nos importa nada. De sopetón el ronquido de un motor se añade al ritmo del oleaje. Son las seis menos cinco minutos. La silueta indefinida del vehículo cruza entre las palmeras y desaparece detrás de las primeras casuchas, junto a la playa.

Son las siete de la tarde y la ambulancia todavía no ha partido. A las siete y trece minutos, contemplamos las luces fantasmagóricas del coche, entre las palmeras. Media hora más tarde, la barca vuelve con las últimas sombras del ocaso. Los compañeros vuelven de la expedición muy excitados. Cuentan sus aventuras en el pueblo. Un pueblo sin hombres; todos están fuera a la búsqueda de trabajo en las ciudades. Nuestros compañeros han sido invitados, mejor dicho, conminados a comer y a beber en todas las casas. Han aceptado tanto cuanto han podido, pero han tenido que rehusar mucho más. Mientras comían han estado atosigados a preguntas de todo tipo, comidos con la mirada, abrazados, besuqueados y sobados por cuantas mujeres entre quince y cincuenta años, pudieron acercárseles. Bueno, eso es lo que ellos han contado. Y yo me lo creo.

La noche es húmeda y la negrura del cielo amenazante. Nos protegemos entre la carga para dormir. Al cabo de unas horas empieza a llover. Me vienen ganas de mear. Salgo de debajo la lona y avanzo con dificultad pisando cabos resbaladizos hasta alcanzar la puerta de la bodega, al abrirla el movimiento del oleaje y el bamboleo del buque vierten una gran gargantada al interior de la bodega aumentando hasta treinta centímetros el agua que ha entrado pero no puede salir. Para evitar que el agua se meta en mis botas, meo encaramado en la taza del inodoro. Cuando abro la puerta un golpe de mar me deja empapado hasta el tuétano y la cabina totalmente llena de agua.

El barco sigue anclado al paio, protegido del temporal de poniente, en la bahía del Gran Tarajal. Es el tercer día a bordo. Tengo hambre, pero no puedo tragar ni el pan seco ni el embutido. Algún compañero espabilado ha conseguido del cocinero un plato de sopa caliente, pero no hay para todo el mundo. El quinto día, viernes Santo, la lluvia ha cesado. Salgo de debajo la lona y hecho una mirada en derredor, me doy cuenta que nada ha cambiado. En el pueblo no hay movimiento, parece un pueblo abandonado. Solamente una figura humana camina por el rompeolas. Por la tarde levamos anclas y nos movemos. La verdad, es que nos movemos mucho. La mar sigue muy agitada.

Sábado arribamos frente a la playa de Sidi Ifni, son las once de la mañana. La euforia nos domina, pronto estaremos en tierra y podremos comer, beber y dormir en una cama. A las cinco de la tarde se acerca un vehículo anfibio. La espera ha sido larga, pero por fin ha llegado el momento de desembarcar. El anfibio ha abordado por estribor. Empieza el desembarco de los camellos.

Después desembarcan las cabras. Cae la noche y aun quedan más de la mitad de las cabras a bordo. La operación se suspende, nuestra euforia también. Domingo de Pascua. A las siete de la tarde, por fin desembarco. Desciendo de la amurada del barco por una escala de cuerda hasta el anfibio que se mueve muchísimo. El trayecto hasta la playa es accidentado, el mar está agitado, cada bordada es una ducha completa. Llego al cuartel, empapado, a pie, en compañía de tres compañeros. Nadie nos espera, nadie nos recibe. El oficial de guardia nos devuelve el saludo con desgana. Para cenar devoro el rancho, que hoy se me antoja exquisito y me acuesto sin aliento, dejando la ropa colgando de los pies de la litera para que se seque. Ha sido la Semana Santa más extraña que pudiese haber imaginado; sin oficios ni Vía Crucis, pero, eso sí; con mucha penitencia.